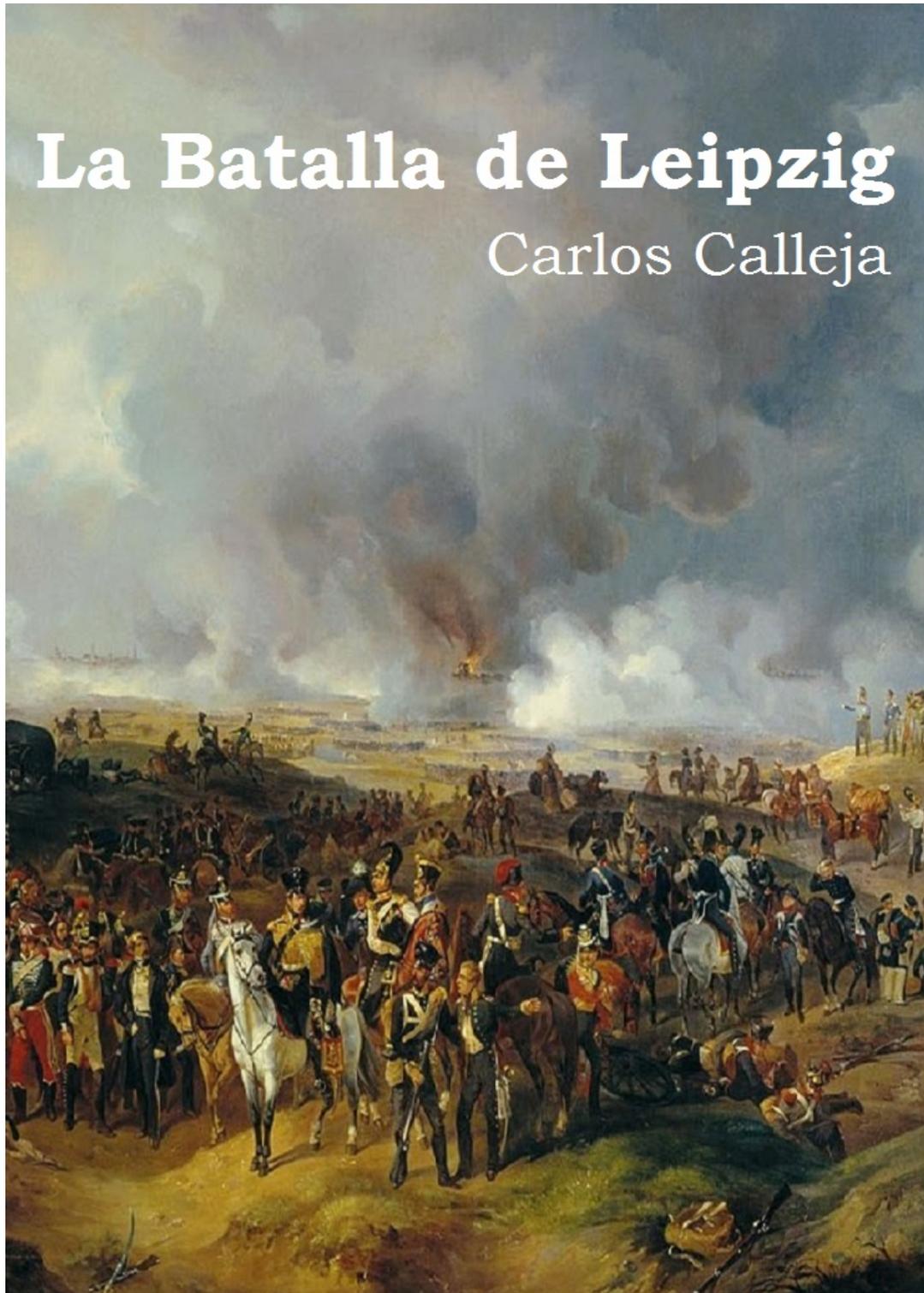


La batalla de Leipzig

Carlos Calleja Ramírez



Capítulo 1

LA BATALLA DE LEIPZIG

19 de octubre de 1813

Leipzig, Sajonia

Corremos desesperados entre edificios derruidos, intentando escapar de la ciudad. Leipzig está en ruinas. El puente que cruza el Elster es nuestra única escapatoria. Detrás de nosotros, el ruido de la batalla se vuelve insoportable. Saber que vas a morir si la columna no avanza deprisa nos vuelve impacientes. El ambiente es absolutamente deprimente.

Si levanto mi vista veo cabellos sucios, veo pantalones rotos, veo lo que en otro tiempo fue un orgulloso regimiento de combate. Si vuelvo mi vista atrás, cientos de caras vencidas, cansadas, me devuelven la mirada. Miradas vacías llenas de temor. No me sorprenden sus expresiones, su única emoción es la resignación desesperada.

Pienso si mi mirada, cuando ellos me clavan sus ojos, parecerá vacía y llena de temor como las suyas. A veces dudo de que todavía pueda pensar. Hay algo agarrado en mis entrañas, algo más fuerte que el hambre que nos azota. La idea obsesiva de que no quiero morir.

Soy un hombre sencillo, con ideas sencillas. Tengo treinta y dos años, y siempre pensé que moriría de viejo, abrazado a mi esposa Michelle. Quiero que mi hija me conozca como un padre a su lado, verla crecer, verla casada con un buen hombre. Quiero que sus hijos me llamen abuelo. Nunca imaginé que me vería obligado a recorrer media Europa. Esta conquista, estas ambiciones, no son las mías.

Estoy agotado de andar, agotado de trotar y agotado de correr. Trago el resuello; mi boca seca sabe a impotencia y a amargura. Es como un fuego de furia que arde en mi estómago tan fuerte que casi no puedo someterlo. Quiero gritar. Yo mismo mataría a Napoleón si lo tuviera aquí enfrente.

—Vamos, vamos, más rápido —se oye a alguien gritar desde atrás.

Arrastramos un poco más los pies, como una lenta procesión. En algún momento el caos se apropiará del regimiento. Solo es cuestión de tiempo hasta que se nos echen encima. Yo lo sé, todos lo sabemos, pero lo único que podemos hacer es esperar, impotentes, para cruzar el puente. Estamos adiestrados para esperar, para aguardar órdenes. Es lo que hemos hecho desde que nos reclutaron. Esperar para atacar, esperar para

matar. Esperar para huir, esperar para morir.

Dicen que los granaderos seremos los siguientes en cruzar en cuanto termine de pasar la caballería. Al parecer a Bonaparte le resulta más útil salvar unos cuantos caballos que salvar a miles de valientes. Adiós a la *Égalité*. Otra vez esa bola de rencor que arde dentro de mí. Hemos sido nosotros los que hemos defendido la ciudad durante tres días. Nosotros hemos sido el baluarte que ha sostenido la retirada de todos los demás. Estamos agotados, hambrientos; no nos queda casi munición. Lo justo es que pasemos nosotros antes.

El frío cala hasta los huesos. Miro al cielo. La tarde también se nos echa encima. Apenas puedo distinguir el sol; el humo y la ceniza lo tapan todo, nos ahogan la respiración agitada. Pronto vendrá otra gélida noche.

Tan cerca que nos hacen temblar, los cañones de la artillería enemiga rompen el cielo, y rompen las casas que nos rodean, y nos rompen por dentro también. Es un goteo continuo de trallazos, de edificios derruidos, de escombros sobre escombros. El enorme ruido de las bombas sepulta los gritos de auxilio, y sepulta los gritos de dolor, y sepulta los gritos de miedo. A lo lejos, al otro lado del puente, veo cómo algunos de los que han conseguido cruzar abandonan la disciplina y corren por su vida, a refugiarse en las colinas o en dirección a los bosques de Kemberg. Adiós a la *Fraternité*.

Los soldados a mi espalda me empujan, y yo comienzo a tropezar con los petates de los que me preceden. La angustia nos invade desde la retaguardia. Muy pronto seremos un tumulto, seremos caos. Seremos el instinto de supervivencia más básico, ese que encerramos muy dentro, y empezaremos a pisotearnos, a correr por encima de nuestros camaradas, y terminaremos por matarnos para salvarnos.

Mientras tanto, sobre nosotros, las tropas de la Sexta Coalición nos están acorralando. Saben que van a ganar y saben que la victoria es inminente. Se relamen como el gato cuando tiene atrapado al ratón. Desde el sureste, las voces profundas de los rusos, que casi siempre marchan cantando, se elevan como un temblor grave. Parece que el suelo se agrietara a su paso. Entrar en una ciudad cantando es una temeridad que solo puede permitirse el joven e impulsivo Alejandro I. El Zar de Rusia es inexperto en las artes de la guerra, pero le arde la sangre en las venas con la fiereza de la juventud. Además, por si fuera poco, se les han unido los austriacos, con sus tamborcitos ridículos y, aunque son unos patanes con los fusiles, sirven muy bien de comparsa y de parapeto.

Desde el norte llegan noticias de que los suecos, con el traidor Jean-Baptiste a la cabeza, quieren cortarnos la retirada. Se dice que hace días que han cruzado a la orilla sur del Elba. Adiós a la *Liberté*. Ojalá llevara una botellita de veneno al cuello, como la que lleva nuestro amado

Emperador por si alguna vez es capturado. No me gustaría caer en manos de los austriacos después de lo que les hicimos en Austerlitz.

A mi lado se encuentra mi camarada Pierre. Hace varios días que apenas habla; un "Sí, señor", un "No, señor", y nada más. Su cara tiene la misma expresión que una piedra. Creo que está perdido dentro de su mente. Podría haberlo enterrado ya y no lo sentiría tan lejano como ahora, que lo tengo a un brazo de distancia.

—Malditos bastardos. ¿Por qué tardan tanto en cruzar?

Lo conozco casi desde que comenzó esta guerra para mí. Hemos cruzado Francia juntos, lo he acompañado por toda Sajonia, por toda Europa. Ambos hemos perdido buenos amigos, los hemos enterrado con nuestras propias manos incluso. Cuando habíamos terminado bebíamos juntos hasta caer desmayados. Le he hablado muchas veces de Michelle y de mi hija Jeannette. Me prometió que iría a mi granja a conocerlas cuando acabase todo. Yo le prometí que, si no revienta antes de un bombazo, reventará con el asado que le prepare mi esposa. Que beberemos cerveza hasta caer desmayados. Él me prometió que traería un queso normando, de su tierra, un Livarot, tan grande como la rueda de un carro. Es curioso como los normandos son primero normandos y luego franceses.

Fueron buenos tiempos, el comienzo de la guerra. Fueron tiempos de hacernos promesas, tiempos de esperanza. Avanzábamos por toda Europa incontestables. Napoleón ganaba batalla tras batalla. La tropa estaba animada, pletórica. Parecía que mientras tuviéramos promesas que cumplir, nos mantendríamos cuerdos y firmes. Parecía que podríamos luchar sin parar. Ahora sé que nos equivocamos. Yo lo sé, Pierre lo sabe, todos lo sabemos.

Allí estaban las promesas como un arroyo fresco de esperanza del que beber. Cómo deseamos que aquel arroyo no se secase nunca. Pero el arroyo se secó y apareció el tiempo de la siega y la guadaña. La guerra te arranca las ganas de vivir y las mastica entre sus afilados dientes de metal. Cuando ves el primer muerto, cuando ves el cuerpo de un ser humano sin vida, delante de ti, mirándote con ojos que no ven, comprendes al instante que es algo que no tiene ningún sentido. Cerrarles los ojos, a los muertos, no se hace por misericordia, o para que descansen. Se hace para que no te miren. Para que no puedan ver el absurdo por el que han entregado su vida.

Aún recuerdo mi primera batalla. Yo creía que era un hombre maduro. Creía que lo había experimentado casi todo, que nada me daría miedo. Me equivocaba de nuevo. Esta guerra me ha cruzado la cara con un bofetón, me ha demostrado lo equivocado que estaba con respecto a casi todo. La primera vez que te enfrentas al enemigo te tiembla todo. Apenas puedes sujetar el fusil. Los nervios agarrotan tus músculos y tus músculos tardan

en decidir cualquier movimiento. Avanzar y que te maten es malo, piensas. No avanzar y ser un desertor es aún peor. Tienes que tomar decisiones y no puedes. Estás como atontado, a la espera de que algo, o alguien, elija por ti. A veces esperas, y es el enemigo el que avanza. Ellos están tan asustados como tú. Al principio los odias, te han enseñado a odiarlos, después comprendes que no puedes culparlos por querer defender su tierra, sus mujeres, sus hijos. Te compadeces de los prisioneros, te apiadas de los caídos. Y después, poco a poco, te vuelves insensible, y solo entiendes de avanzar, disparar, cargar. Avanzar, disparar, cargar.

Con la primera bala que muerde carne, que rompe hueso, que vierte sangre, algo muere dentro de ti también. Pierdes la inocencia, inevitablemente, como se pierde el agua entre las manos. Pierdes la sonrisa para siempre, y en su lugar aparece una mueca de angustia. Y te odias, te odias, te odias. Algunas noches, a pesar de estar muy cansado, no puedes dormir. En el silencio de esa soledad, esa soledad que es la peor de todas, piensas si algún día podrás volver a ver a tu esposa. Te preguntas cómo serás capaz de mirarla, de volver a abrazarla, de tocarla con unas manos manchadas de sangre; y a pesar de ello, siempre vuelve a tu cabeza la misma idea: Sálvate, huye, vuelve con tu familia.

Avanzamos un poco más entre empujones, apelotonados, sin ver demasiado lo que nos rodea. Dicen que el puente no es demasiado estrecho. Dicen que pasaremos rápidamente. Mientras esperamos a que termine de desfilarse la caballería, Pierre me mira, sin decirme nada. Sus ojos abandonados no dicen nada, pero yo sé lo que piensa, porque yo también lo pienso: Tengo miedo.

Su uniforme está sucio y roto, igual que el mío; ha perdido sus charreteras, aunque supongo que eso ya no tiene ninguna importancia. No hay diferencias aparentes entre nosotros, pero su cara refleja una tristeza seca, áspera y vacía. Perdió hace meses lo que uno no debe perder nunca en una guerra: La fe.

Por fin, los últimos crujidos de la madera del puente se van acallando cuando los cascos de los caballos ya pisan la tierra del otro lado. Debería ser nuestro turno para avanzar. Un último rayo de luz de la tarde se cuela por debajo de las nubes y parece iluminarnos el paso, regarlo de esperanza.

—Vamos a cruzar ya, Pierre, y después volveremos a Francia, por fin —le digo para intentar darle consuelo—. La guerra se ha acabado —le digo para intentar darme consuelo.

Pierre me mira, sin decirme nada. Sus ojos abandonados son dos ventanales por los que ya nunca se asoma nadie. Sé que me escucha, porque su mirada vaga por mi cara intentando encontrar la verdad en mis

palabras. Aunque no haya verdad ninguna en lo que digo.

Allá vamos, al fin. Cientos de pisadas martillean en el entramado de madera. El caminar a nuestro alrededor es penoso. Los morteros rusos escupen su fuego, incansables, para cubrir la tarde de silbidos que rompen el cielo. Los cañones braman como truenos para anunciar nuestra muerte. A cada bomba que nos cae cerca unos miran para atrás asustados, otros se tiran al suelo cubriéndose la cabeza.

—Sólo unos pocos metros más —gritamos en busca del coraje perdido.

A nuestra espalda, la infantería ligera detiene el avance de la Coalición tanto como puede. Son la retaguardia que defiende la ciudad. Son los valientes que están luchando para que podamos huir. Son los sacrificados de esta batalla. Son la carne de cañón. Muchos buenos franceses van a morir hoy masticados por unos dientes de metal.

Pierre se detiene de sopetón al otro lado del puente, justo cuando ya hemos cruzado. Se encuentra parado delante de mí, agachado, buscando algo en su petate. No entiendo qué está haciendo ahora que toca correr. Detrás de mí, y alrededor de mí, algunas voces francesas se alzan, han comenzado a gritar, y sus gritos, en nuestra dirección, son flechas negras, palabras negras que llueven sin mojar, que hieren sin pinchar. Cuando se pone de pie, Pierre me mira. No dice nada. Sus ojos tampoco dicen nada, son sus manos las que hablan ahora. Seis mechales de seis granadas encendidas. Ahora entiendo el porqué del griterío.

—¿Qué vas a hacer con eso, loco? —mi voz restalla entre las voces que nos rodean—. ¿No ves que nos vas a matar a todos?

—René, para mí, volver o no volver es lo mismo, nadie me espera en casa. —Su voz, con su acento normando, resuena como un eco distante en mi cabeza, y comprendo que es la primera vez en días que lo escucho hablar—. Sálvate. Besa a Michelle de mi parte. Estoy seguro de que es una mujer preciosa.

No hubo más palabras, pero aún tengo clavadas en mi mente las imágenes de lo que sucedió después. Son nítidas, son pálidas y dolorosas. Me visitan durante las noches que paso en vela, acompañado de mí mismo, en la peor de las soledades.

Pierre salió corriendo, por donde habíamos venido, para llegar al centro del puente. Yo me quedé contemplando la escena inmóvil, incapaz de detenerlo. El primer disparo lo sacudió pero lo aguantó bien. Todavía me estremezco al recordarlo. En su pecho se abrió una flor roja. Recuerdo contener el aliento. Él dio un traspié, pero no llegó a caer, y en un segundo, que dura en mi cabeza más que todas las noches que pasamos en vela, soltó las bombas de su mano derecha. Las granadas llegaron al

suelo y comenzaron a rodar por el puente. Hubo un segundo disparo, esta vez por la espalda. Un disparo que puso a mi amigo de bruces contra la madera, contra el barro del puente, contra las heces de los caballos. Sentí un torrente de odio, de rabia y de impotencia. Cuando Pierre cayó abatido contra el suelo, dos de las granadas que aún le quedaban volaron por los aires. Creo que alguien las pateó para echarlas al río. Los que estaban más cerca intentaron quitarle la última de las mechas que aún le ardía en la mano. Con sus últimos latidos, con la sangre escapando de su boca, el normando, recio incluso en la hora de su muerte, consiguió esconder el último explosivo debajo de su cuerpo.

Yo no conseguí moverme. No quise ayudarlo, no me atreví. En el último instante Pierre giró su cabeza, y entre todas las piernas que lo pateaban, alcanzó a mirarme. Y yo a mirarlo a él. Una sonrisa, por fin, se dibujó en sus labios. Y en ese momento comprendí. Después de tantos meses viendo un rostro apagado, unos ojos vacíos, comprendí la última expresión de Pierre antes de morir: Paz. Comprendí que me perdonaba por haber sido un cobarde durante toda la guerra. Siempre lo supe. Siempre lo supo. Comprendí que él entregaba su vida para salvarme, para salvar a mi familia y fue entonces cuando descubrí el sentido del verdadero valor.

Salí corriendo. Había, de nuevo, esperanza de ver a mi familia. No volví a mirar hacia atrás. Aunque lo hubiera intentado, las lágrimas no me hubieran dejado ver nada. Un instante después la pólvora detonó y el puente saltó en pedazos.

Salvado, salvado, salvado.

Dice la prensa napoleónica que un espía prusiano se había infiltrado entre las valerosas tropas francesas y que consiguió sabotear y hacer volar por los aires el puente con malas artes. Yo bien sé que eso es mentira. Dice la prensa que solo gracias a la pericia del Sire es que Francia sigue y seguirá combatiendo; que se han encargado nuevas levadas una vez más, porque Francia es gloriosa y el emperador Bonaparte no se dará nunca por vencido. Lo que no dicen los periódicos es que sesenta mil franceses quedaron atrapados sin poder escapar y fueron hechos prisioneros aquel día en la batalla de Leipzig. Nadie sabrá nunca lo que pasó en realidad allí, y no seré yo el que lo cuente. Te estaré agradecido por siempre, Pierre. Escucho la risa de mi hija, y no puedo evitar que me estallen las lágrimas en los ojos. Mi mujer prepara una sopa de legumbres al fuego; ojalá fuera un asado y tú estuvieras aquí con nosotros. Cortaré un trocito de queso normando y brindaré por tu recuerdo con cerveza, amigo mío; hasta caer desmayado.